

y con las que afrontan al mismo tigre. Viven de la caza y de la pesca y envenenan las corrientes de agua con el jugo de una euforbiácea que aturde á los peces y facilita su pesca.

Se halla en los bhiles, en estado rudimentario, la organización política del clan, que se observa en los rajputes tan rigurosamente establecida. La existencia del clan tiene por principio teórico un tronco único, un antepasado conocido del cual todos los miembros del clan descienden. Es raro, sin embargo, hasta entre los mismos arios, que la barrera del clan sea infranqueable y que razones de vecindad ó las necesidades de la defensa del territorio no permitan admitir en el clan individuos extranjeros. Cuanto más fáciles son esas adopciones, cuanto más el sistema del clan va resultando elástico é irregular, tanto menos adelantada es la evolución del pueblo. Entre los bhiles el clan está todo lo abierto posible. Un habitante de la llanura, turanio y hasta á veces rajpute, perseguido por cualquier delito, se refugia en las montañas y se convierte en un *utlaw*. Los bhiles, cuyo mismo nombre significa proscrito, *utlaw*, abren sus jerarquías al deshonorado. Pero como entre ellos el matrimonio es exogámico, es decir, está prohibido entre individuos de un mismo clan, antes que el recién llegado pueda escoger esposa es necesario que le adopte un clan; en seguida se casa en otro. Lo mismo ocurre después del rapto de una doncella por esos malhechores; no soñarían los bhiles en casarla con ninguno de ellos antes que entrara oficialmente en uno de sus clanes, dentro del cual resulta entonces imposible que escoja un marido. Tanta facilidad mezclada con tanto rigor demuestra bien las tendencias de este pueblo á constituirse como sus más civilizados vecinos y demuestra al mismo tiempo lo primitivo de su estado.

El casamiento se celebra entre los bhiles con la mayor sencillez; los dos prometidos desaparecen durante algunos días en el fondo del bosque y vuelven anunciando su unión, que es en lo sucesivo consagrada. Es muy raro que el divorcio la disuelva.

Habitan los bhiles en ciudades fortificadas que llaman *pales*; de aquí el nombre de *palaris*, que las gentes de la llanura les dan,

no sin ánimo de menosprecio. No obstante, los *palaris* ó habitantes de los pales, que son, además de los bhiles, los mheres y los minas, no perteneciendo todos ellos á casta alguna, no están mirados como impuros por los indos.

La religión de los bhiles es tan primitiva como sus costumbres. Adoran los árboles y ponen á su pie pequeñas losas formando altares que riegan de sangre ó de ocre, rojo símbolo de la vida. Sienten un gran respeto por el dios mono Hanumán, lo que es notable, pues este ser fantástico fué el compañero de Rama, el héroe ario, y le ayudó á conquistar la India contra sus primeros habitantes.

Entre las poblaciones semisalvajes del Rajputana se cuentan aún los mheres y los minas de que más arriba hemos hablado. Forman los dos eslabones que unen los bhiles salvajes á los jates civilizados. Viven en los montes Aravulli, en el corazón del Rajputana, en número de muchos cientos de miles. Construyen como los bhiles ciudades fortificadas; muchos han conservado hábitos de pillaje y se reclutan aún entre todos los huídos de otras razas, rajputes ó jates. Estas mezclas contribuyen á ennoblecen su tipo que en los minas se acerca mucho al de los jates.

La civilización progresa en estos dos pueblos rápidamente. Comienzan á cultivar la tierra y á adoptar el culto bracmánico; pero siguen aún sus prácticas tibiamente y conservan para los árboles, para los altares de piedra y para el hierro el respeto de sus hermanos los bhiles. Los mheres y los minas han adoptado un dialecto indo, en tanto que los bhiles del centro hablan una lengua semejante á la de los gondes.

6.º — POBLACIONES DE GUZERAT Y DE LA PENÍNSULA DE KATTYWAR

Se extiende el Guzerat al Sur del Rajputana y comprende una parte continental, que es el Guzerat propiamente dicho, comarca rica, fértil y cubierta de ciudades prósperas como Baroda, Surat, Ahmedabad; y una parte peninsular y montañosa, la península de Kattywar, separada de la primera por el golfo de Cambay.

Este país, bañado por el mar, accesible á los mercaderes llegados de todos los puntos del mundo que hacen un comercio muy activo, ofrece una población mezclada en extremo. Se ven allí mahrates, rajputes, jates, bracmánicos ó jánicos; musulmanes, chiites ó sunnitas; parsis, y en fin, tribus aborígenes, dravidianas como los bhiles, ó kolarianas como los kolis.

En la península de Kattywar las montañas del centro sirven aún de refugio á hordas salvajes, mientras que en las ciudades y sobre las costas dominan los indos de la secta jánica. Esta secta análoga al budismo es la de la India que concede más importancia á la construcción de santuarios en honor de sus divinidades; por esto cubren la península admirables ejemplares de la arquitectura inda. Sobre la doble cima del Satrunjaya, montaña del Sudeste, se eleva una ciudad compuesta de templos en la cual es permitido adorar, pero no vivir; cuando se acaban las devociones bajo las bóvedas imponentes y entre los pilares ornados de delicadas esculturas, desciende el fiel á Palitana, la ciudad verdadera, que se extiende al pie del monte sagrado.

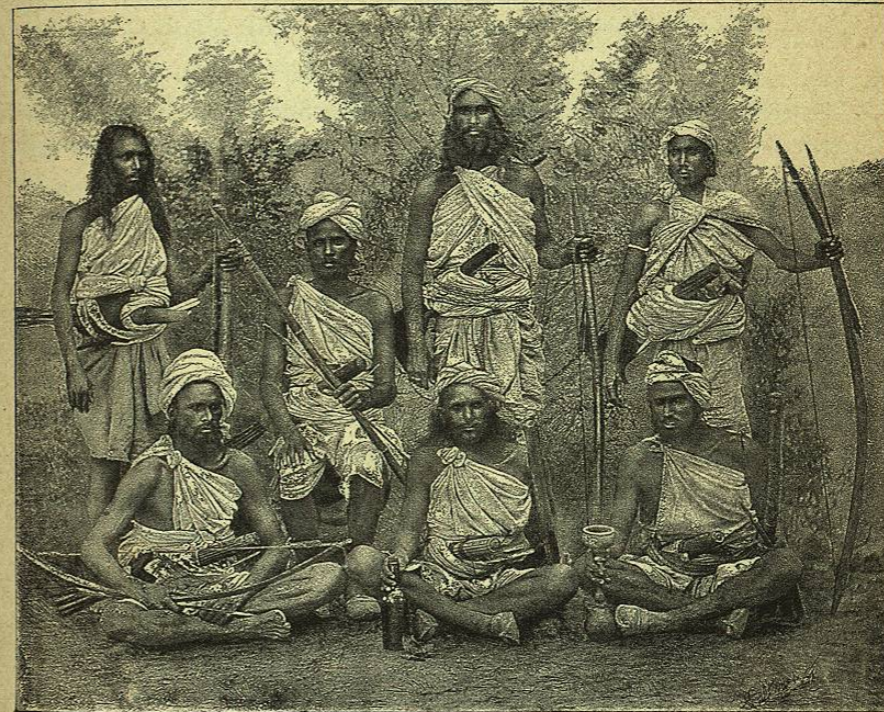
En el Guzerat prepondera una secta vishnuita cuyas prácticas son muy curiosas. Toda la religión de los fieles consiste en la ciega veneración de una treintena de grandes sacerdotes que llevan el título de maharajahs y viven á costa de esos fieles. Para dar una idea del género de vida de estos sacerdotes y de la candidez de sus partidarios, citaremos otra vez á M. Malabari, escritor indo y editor del *Indian Spectator* de Bombay.

«El sacerdote deificado, dice, es el maharajah, encarnación visible de Vishnu-Krishna, á quien todo piadoso vishnuita consagra su cuerpo, su espíritu, su propiedad, y no solamente los suyos, sino los de cualquiera que de él dependa.

»... Véase algunos de los impuestos que el maharajah exige de sus devotos adoradores: Por el honor de contemplarle, 5 rupíes (10 pesetas aproximadamente); por el de tocarle, 20 rupíes; por el de lavarle los pies, 35. Por el gozo de sentarse á su lado, 60; por ocupar la misma habitación que él, de 50 á 500; por el placer de ser azotado por su mano, 13; por beber del agua en que

se ha bañado ó en la que ha lavado su ropa sucia, 19. En fin, por realizar con él el *Rasi Krida* (literalmente *esencia del placer*), las mujeres han de pagar de 100 á 200 rupíes.»

El autor citado hace notar á propósito de este último punto, que constituye un fenómeno psicológico incomprensible ver hom-



Minas, tribu semisalvaje del Rajputana

bres muy celosos de sus mujeres y mujeres muy celosas de sus deberes renunciar así á sus más caros sentimientos. El fenómeno interesante de observar, no encuentro que sea del todo incomprensible. De los diversos móviles capaces de influir en las almas, la fe religiosa ha sido siempre el más potente. Enseña al hombre á soportarlo y á desafiárselo todo. Sólo fortificándose en la fe han contemplado sonriendo los mártires las hogueras y han creado los conquistadores gigantes imperios.